HE VUELTO A JUGAR

Juan José Carracedo López

Me ha resultado inevitable volver a escribir otra novela tras mi primera experiencia. Como a un niño le resulta necesario volver a subir a una de esas estructuras de los parques después de una primera vez llena de torpezas, resbalones y golpes, porque se ha divertido haciéndolo y ha probado las mieles de llegar al final, ahí arriba, de mirar abajo y creer que la siguiente vez lo puede hacer mejor. Sin dejar de divertirse.

Más allá de definiciones académicas, he consultado con el tío Google (no voy a ir yo ahora de versado en citas y opiniones de autores) qué es escribir. La explicación que más me ha gustado, con la que más me he identificado ha sido la más escueta: «construcción», según Piaget. Así empecé "Jugando donde descansan los barcos muertos", con el reto de construir, una historia, una trama. Y como el niño, sentí enseguida la necesidad de bajar de ese proyecto para volver a subir, un poco más seguro, con más cuidado en colocar un poco mejor los pies, las manos, agarrarme con más confianza, menos miedo, pero sobre todo con la intención de continuar divirtiéndome. "Jugar" es la palabra que puntualiza estos tres años de trabajo (si se puede llamar trabajo a jugar). Jugar con cada parte de esa construcción.

He jugado a idear las tramas. El primero de los placeres de escribir novela: discurrir, inventar, esbozar. Al menos tres tramas, eso me planteé desde el principio. Con total libertad para desarrollar subtramas o pequeñas historias que las complementen, que ayuden a explicar situaciones o personajes. He vuelto a abstraerme delante de la televisión, de los amigos y del parabrisas del coche, de la pantalla de la moto. Dicen que cuando leemos, viajamos. Y es cierto, viajes maravillosos. Entonces escribir es sentarse en la mesa de una agencia de viajes para organizar un "tour", con la responsabilidad de que todo salga bien, con la satisfacción de llevar al viajero por donde a ti te apetece.

He jugado con el proceso de documentación. Me he dejado llevar por dos cosas que me apasionan: la historia y mi pequeña ciudad (pueblo, dirán algunos. Alterno sin complejos los dos conceptos al referirme a Toro). Buscando cosas concretas, especialmente para la parte histórica de la novela, me he ido por las ramas delante del portátil, de los libros que he consultado, pese a la gran cantidad de tiempo que ello supone. En ocasiones para no extraer más provecho que el personal (que ya es mucho), otras veces encontrando sustancia que ha llegado a disolverse en la idea principal de la novela y la ha modificado. Para bien, creo. He procurado reflejar cada dato que me ha resultado relevante y cada detalle para sumergir conmigo al lector en el Toro del siglo XV. Siempre siguiendo el criterio de mi visión personal, sin pretensiones en ningún momento de hacer novela histórica (eso queda para los más estudiosos, entre los que, por supuesto, no estoy), más bien historia novelada con la libertad de cambiar lo que he creído necesario para conseguir lo que la trama pedía. O simplemente lo que me ha apetecido cambiar.

He jugado con la estructura. He vuelto a preferir alternar tres de las cuatro tramas por capítulos desde el principio. He jugado a desarrollarlas en paralelo sin que en principio se adivine la relación entre ellas, más allá de ciertas similitudes y puntos en común. He elegido juntar las tres en un mismo momento, en una misma escena que desvela la conexión y da paso a la segunda parte del libro a un tercio del final. A partir de ahí, quería que se leyera de otra manera, como otra novela.

La trama principal trata de alcanzar su objetivo desde un punto de vista distinto. La segunda pasa de ir hacia atrás en el tiempo (buscando cierto caos en su lectura) a desvelar su final y convertirse en una revisión de lo relatado hasta entonces, en relación, ya, con la primera. La tercera, más corta, se desvela como una mera presentación. La cuarta trama comienza a aparecer para desarrollarse más cerca del final (afianzándose a partir del capítulo 16, en mi opinión, uno de los mejores del libro). A partir de ese punto de unión de tramas, he jugado a que no se aprecie dónde comienza el desenlace, a fusionar con él la última parte del nudo a base de inyectarle continuas dosis de tensión. Y sin embargo, he querido diferenciar ese desenlace dividiendo en dos las reacciones y actos que llevan al final, por personajes y escenarios, eligiendo la misma estructura alternante por capítulos para acabar en la alternancia por escenas dentro del último.

He jugado a visualizar las escenas. El tercero de los placeres de escribir. Aquí me he vuelto a sentir como el guía de cada ciudad programada para visitar en la lectura, con las ataduras que imponen las dos primeras fases recorridas, con relativa libertad, aún, de incluir o no a unos personajes o a otros, de contarlo desde el punto de vista de este o de aquel, de situar los actos en el lugar que más me apetezca. He jugado a ver esas pequeñas partes que forman los capítulos como escenas de una película, en las que hay que decidir la fotografía (la luz, el marco), el vestuario y dotarlas de la atmósfera conveniente. Y de nuevo, en este segundo libro, cuidar la coherencia del resultado con lo fijado en la trama me ha llevado en ocasiones a modificar esa historia en vez de gritar «¡corten!» y repetir toma, porque la escena era demasiado perfecta en ese sitio, a esa hora, con esa persona, o porque me ha traído alguna nueva idea que me ha seducido. Y porque lo establecido anteriormente, a mi parecer, nunca debe ir escrito en piedra. Porque se trata de jugar.

He jugado a utilizar otro estilo de escritura, diferente al que me sale inevitable. Influenciado por dos de los últimos autores leídos antes de mi primera sentada frente al primer capítulo de la trama principal (Elvira Valgañón y Juan Gómez-Jurado). Enamorado del dominio de los signos de puntuación de la primera (de una forma más «espesa») y de la forma de estructurar frases del segundo, he tratado de llevarlo a mi terreno. Y me he sentido cómodo rompiendo lo que en principio me suponían ciertos tabúes, como hacer párrafos de una sola palabra, o reflejar lo que expresa algún personaje con varias fórmulas distintas (aparte del clásico guión de diálogo) de acuerdo a su relevancia. He jugado a perseguir el caos también con el estilo, buscando que el lector no sepa quién habla en alguna escena, dónde se encuentran en otras, o cómo han llegado a determinadas situaciones, entregando esa información cuando me ha apetecido. Y he querido envolverme en este juego solo en una de las tramas, la principal. Tras un primer capítulo donde impera, paso a introducirlo de forma paulatina, hasta que comienza a hacerse fuerte en los capítulos centrales.

He jugado a presentar los personajes de formas distintas, como la descripción inmediata de algunos, o hacer pasar inadvertido a otro hasta que decido que debe cobrar relevancia. Incluso, con uno de ellos, he utilizado micro capítulos para exponerlo al lector, revelar el porqué de sus reacciones a través de vivencias anteriores.

He jugado con las palabras, con sus significados, con su repetición, cuando me ha parecido importante, incluso con su fonética. Porque me ha apetecido divertirme también con esto. Porque me gusta, aun a riesgo de romper la atmósfera del lector.

Y hasta he jugado con la numeración de los capítulos (del 29 al 31) en honor a la cuarta trama.

Tras mi primera novela, han sido muchos los que me conocen y han confesado visualizarme al imaginar a Iván, el protagonista de los dos libros. Obligado a representarlo con su misma personalidad, en «Con clavos oxidados» he querido continuar sin hacer una sola descripción de su físico, y he jugado a fusionarme todavía más con él. Es Iván quien ha escrito su primera novela, la mía, aludo a ello en varias ocasiones y acaba dando sentido a ciertos sucesos. Llego a fundirme de tal manera con él, que si él escribe mi libro, yo tengo sueños siendo él. Hay otro capítulo corto (escrito a las tantas de la mañana) en el que plasmo un sueño real. Yo era Iván, y tuve la necesidad de incluirlo. Y, a la vez, juego a desligarme de él, con un cameo. Ya ha habido quien lo ha leído y me ha contado haber sufrido cierta «rotura de esquemas» al visualizarme hablando conmigo mismo, justo lo que pretendía (con una sonrisa malévola en mi boca) al idearlo.

Así veo esta gran terapia que es la escritura, un juego. Y, como un niño, ya no concibo mi vida sin ir al parque, sin volver a subir una vez más esa estructura de hierro (o quizá papel y teclas de ordenador) que me desafía. Sin jugar. Con la salida a la venta de «Con clavos oxidados», en breve, entro en la última fase de este juego, escuchar con los dedos cruzados las reacciones de los lectores, de los viajeros, esperando que su viaje les haya entretenido, intrigado, divertido…